Hermanas Hospitalarias
CLÍNICA PSIQUIÁTRICA PADRE MENNI

DÍA MUNDIAL DE LA SALUD MENTAL

10 de octubre de 2014

ENTREVISTA AL ACORDEONISTA ENRIKE ZELAIA *por Blanca Rodríguez G-Guillamón*

"Siempre me he dedicado a transmitir emociones, a expresar sentimientos con mi acordeón"

Enrike Zelaia es parte de la Historia de Navarra. Desde los cinco años se adentró en las entrañas de la música y a los diez le regalaban su primer acordeón. Un instrumento de segunda mano que le consiguió su padre y con el que inició un camino que le hizo merecedor del *Premio Nacional de Acordeón* en 1958 y del segundo galardón en el *Festival Internacional de Pavía* en 1959. Como reconocimiento por su trayectoria, este año recibió el *Gallico de Oro 2014* de Napardi.

¿Por qué el acordeón?

El acordeón me tocó casi por imposición. Mis padres querían que aprendiese música y cuando era muy pequeño, con cinco años, me apuntaron a solfeo en las clases municipales de Alsasua. Allí no elegías el instrumento, sino que aprendías el que te asignaban. A mí me dieron un clarinete, aunque lo tenía que compartir con un compañero. Él lo aprendía por las mañanas y luego me lo dejaba a mí. Pero el clarinete era muy viejo y se rompían todas sus piezas, de modo que un día apareció mi padre con un acordeón de segunda mano y me lo dio. ¡Un instrumento solo para mí!

¿Tenía una habilidad especial para el acordeón?

No tenía ninguna habilidad innata, pero sí una madre que me obligaba a estudiar todas las tardes. A pesar de mi carácter, soy muy dócil. Si mi madre me decía que a estudiar, yo lo hacía. Aceptaba todas las órdenes que me daba. Aunque no sé por qué me dieron un acordeón. Mi padre nunca me lo dijo y yo tampoco se lo pregunté, quizá porque en el pueblo había mucha tradición. Yo tenía entonces diez años y empecé a recibir clases con un profesor local.

¿Cómo fueron sus inicios como acordeonista?

Empecé con la música de verbena, porque era lo que se pedía en los pueblos. Pronto me pidieron que fuera por ellos para animar las fiestas. Parecía que si trabajaba mucho, podría dedicarme a eso, así que me esforcé. Así es como acabé en Madrid y empecé a cosechar premios. Fui campeón de España de Acordeón en 1958 y un año después, en el Festival Internacional de Pavía, llegué a conseguir el segundo premio. Me hice un nombre, pero tenía veinte años y pronto descubrí que vivir de eso no era tan fácil. Me habían vendido que, si conseguía premios, conquistaría el mundo, pero no fue así.

¿Trató de conquistar el mundo?

Sí, porque me habían dicho que era posible. En el País Vasco tocaba seis conciertos al año y yo quería más que eso. Así que cogí los bártulos y me fui a Madrid. Pero allí no estaba lo que me habían prometido. Toqué en los cabarets o en el circo, pero eso no era suficiente. Yo había ido a cazar leones, no conejos. De modo que volví a hacer las maletas y marché a Barcelona. Allí tuve aún menos suerte: ni cabaret, ni circo, ni nada de nada. Caí en una depresión profunda, porque sentía que me habían engañado.

¿Cuándo remontó?

Pensaba que esa profesión de la música era una estafa, así que no me importó hacer la mili, que me tocaba a los veintiún años. Me destinaron a África y allí sí que fui un campeón con el acordeón, aunque sin cobrar. Como mucho, podía conseguir algún permiso. Me hicieron director de la banda del casino militar e hicimos un espectáculo lleno de energía. Pero cuando todo terminó y volví a casa, me sentí desnudo de inspiración y fuerza.

¿Volvió a sentirse engañado?

Sí, aún después de estar en la miseria, volví a caer en lo mismo. Esta vez dedicándome a la enseñanza del acordeón. Una discográfica se fijó en mí y me grabó un disco en 1963. Dos años después llegó el gran éxito, que fue el disco *Festival vasco*. Todo el mundo quería ser como yo. Lo conseguí porque fui innovador y a las jotas les puse ritmo. Desde entonces me dediqué a hacer giras con mi acordeón y dedicado por entero a la música vasca. Viajé mucho hasta que me retiré en 2005.

¿Qué considera que ha sido lo mejor de su carrera musical?

Que la música le llegase a la gente y quisiera bailarla. Siempre me he dedicado a transmitir emociones, a expresar sentimientos con mi acordeón, a transmitir ese "yo" desconocido que tenemos todos. Que la gente reconociese eso, me he dejado muy satisfecho.